DOS Y TRES... DOS.

Digitized by Google

Digitized by Google

16

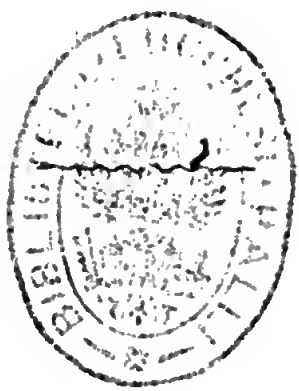
DOS Y TRES... DOS,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN.

Puesto en escena con extraordinario éxito en el teatro Principal de Valencia el 24 de Mayo de 1868; en el Principal de Barcelona el 1.° de Diciembre del mismo; y en el de la Zarzuela de Madrid el 6 de Febrero de 1869, á beneficio de la Señora Doña Gertrudis Castro.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

73109

PERSONAJES.	ACTORES.		
	MADRID.	VALENCIA.	BARCELONA.
PEPA.....	SRAS. G. CASTRO.	G. CASTRO.	J. GARCIA.
CLARA.....	FRANCO.	RUIZ.	MUÑOZ.
D.ª NICOLASA.	ORGAZ.	ANDRADE.	MARTIN.
ELISA.....	A. CASTRO.	A. CASTRO.	PEREZ.
DON PEDRO..	SERS. ALISEDO.	ALBARRÁN.	D. GARCÍA.
RAMON.....	RECIO.	RICART.	N. N.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebran en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galería dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Alonso Gullon, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Á LA SEÑORA DOÑA RAMONA DE CAMPO,

dedica este juguete en prueba de respetuosa consideracion

Su atento y s. s. q. l. b. l. p.

Rafael M. Liern.

Digitized by Google

El autor se complace en enviar un recuerdo de admiracion á las Sras. Andrade y Castro y al Sr. Albarrán, por el talento con que desempeñaron sus respectivos papeles, al cual debe todo su éxito esta obrilla.

Digitized by Google

ACTO ÚNICO.

Elegante gabinete, limitado por un cierre de cristales que tiene dos puertas abiertas sobre el jardin del fondo. Puertas laterales. Á la derecha un velador con recado de escribir. Toda la decoracion ha de ofrecer el aspecto de una bonita habitacion de verano Luz, la de la caida de la tarde. Muchas flores y plantas.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA NIEVES, y á poco RAMON.

Doña Nieves sale por una de las puertas laterales trayendo en la mano una carta abierta.

NIEVES. ¿Ramon? Nada, ni por esas.
¿Ramon? Arrancando lilas
ni oye mi voz ese ganso
ni la de la campanilla.
(Se acerca hácia el jardin.)
Á ver si por fin... ¿Ramon? (Muy fuerte.)
RAMON. Voy, señora. (Dentro, muy lejos.)
NIEVES. Ya respira.
¿Y cómo he de regañarle,
si le entretienen las niñas?
Cuidando las flores pasan

en el jardin todo el dia.

RAMON. ¿Ha llamado usted? (Llega por el foro.)

NIEVES. Mil veces.

RAMON. Pues no oí...

NIEVES. Se necesita
ser sordo como una tapia.

RAMON. Siento...

NIEVES. Di á las señoritas
que vengan aquí al instante,
pero al instante.

RAMON. En seguida.

NIEVES. Dí que hay carta del señor.

RAMON. Al momento.

NIEVES. Date prisa. (Váse Ramon.)

ESCENA II.

NIEVES.

Mi señor hermano es tonto.
Porque don Pedro Avecilla
tiene vinos en la Mancha
y aceite en Andalucía,
se empeña en que ha de casarle
con una de mis sobrinas.
Rematadamente es tonto;
cada cual de ellas delira
por su novio, es natural;
no son feas, y las chicas
quieren jóvenes, es claro!
que no quieren estantigüas.
¡Que es rico! No les importa.
En la juventud florida
se dejan por un buen mozo
cien mil fanegas de olivas.
Y á mi edad casi es lo mismo.
¿Qué quiere usted que le diga?
Yo por mí no he de casarme,
mas si lo pensara un dia,
no me casaba con hombre
de treinta y tres para arriba.
El marido ha de ser fuerte,

y tieso y con valentía.
Para chocheces y canas
basta y sobra con las mias.

ESCENA III.

DOÑA NIEVES, PEPA, ELISA y CLARA. Estas tres vienen del jardin.

PEPA. ¿Hemos tardado?
NIEVES. Sí tal.
PEPA. Culpe usté á unas sensitivas,
cuyo riego era urgentísimo.
¡Si viera usted qué crecidas
estan! La traigo á usted una. (Se la da.)
CLARA. Yo un clavel. (Presentándolo.)
ELISA. Yo un nardo, tia. (Id.)
NIEVES. ¡Qué bien huelen! (Los toma.)
PEPA. ¿Con que hay carta
de papá?
NIEVES. É importantísima.
PEPA. Léala usted.
NIEVES. Atencion.
PEPA. ¡Qué letra tan menudita!
NIEVES. (Lee.) «Madrid dos de junio. Querida her-
»mana; si mi fortuna no dependiera de mi
»estancia en la córte, volaria á vuestro lado
»esta noche misma. Don Pedro Avecilla de-
»be llegar á esa de un momento á otro, fir-
»memente resuelto á casarse con una de
»mis hijas. Yo apruebo gozoso su resolu-
»cion. Dí á las niñas que se esfuercen por
»parecer amables á los ojos de don Pedro.
«que den pasaporte á esos mequetrefes de
»novios que tienen en la actualidad, y que
»mi ojito derecho será aquella que con ma-
»yor eficacia procure merecer la eleccion
»de mi riquísimo amigo. Tú, que haces hoy
»para con ellas las veces de madre, inclína-
»las en favor de mi deseo, y hazlas com-
»prender que sin esa boda nos espera casi
»la miseria. Don Pedro no es jóven, pero es

»rico; es estúpido, completamente estúpi-
»pido, pero tiene haciendas en ocho ó diez
»provincias de España. En resúmen, es mi-
»llonario. Ante esta palabra deben desapa-
»recer todos los defectos de aquel señor.
»Avísame su llegada por telégrafo, y tam-
»bien el nombre de la afortunada elegida.
»Adjunta acompaño la carta de don Pedro,
»etcétera, etcétera.

ELISA. ¡Mequetrefes!... ¡qué palabra! (Lloriqueando.)
CLARA. ¡Despedirle! ¡qué salida! (Muy apurada.)
PEPA. ¿Ya estais con las caras tristes
y soltando lagrimitas?
NIEVES. ¡No quiero pucheros, vaya!
ELISA. Ya ve usted que la noticia...
NIEVES. ¿No me teneis de la parte?
ELISA y CLARA. ¿Usted nos proteje, tiita? (Con afan.)
NIEVES. Ya se ve que sí. ¿Pues qué...
pensais que consentiria
que un aveclucho como ese
ingresara en la familia?
No quiero toses, ni callos,
ni rapé, ni apoplegías,
ni pediluvios de noche,
ni cocimientos de dia.
Don Pedro es viejo y es tonto
y feo y corto de vista,
—tan corto que es casi ciego,—
tu padre me lo decia.
Quiero jóvenes muy sanos
como vuestros novios, chicas;
y al que le pese, que rabie
y muerda y trague saliva.
ELISA. ¡Qué buena es usted!
CLARA. Muy buena.
NIEVES. Pues escuchad la misiva
de ese imbécil. Si le viera
junto á mí... me le comia.
(Lee.) «Querido Pablo, que Dios
»te conserve es mi deseo.
»Ha un mes que libre me veo
»del reumatismo y la tos.

»Á una hija tuya de pena
»voy á sacar, pues soy rico;
»á no ser que sean, chico,
»como las hijas de Elena.
»Cuando me encuentro agobiado
»mis propósitos aflojo;
»hoy qne estoy bueno te cojo
»la palabra que me has dado.
»De señores solariegos
»procedo, de estirpes viejas,
»y tengo muchas ovejas
»y más de seis mil borregos,
»que entre pastos esquisitos
»viviendo van y engordando:
»ya ves tú si el tiempo andando
»tendré pocos borreguitos.
»De mis fincas del Perú
»la magnificencia admira;
»y mis naranjos de Alcira,» (Deja de leer.)
—¿Qué más naranjo que tú?—
»me dan una renta atroz. (Vuelve á leer.)
»Yo tengo ingenios de azúcar,
»y viñedos en Sanlucar,
»y puercos en Badajoz,
»y una bellota famosa
»que merece almibararse.
»Ya ves tú si podrá hartarse
»la que se llame mi esposa.
»Dejad pues las tonterías
»y no me digais que no,
»porque gangas como yo
»no se ven todos los dias.
»Por cortés y propietario
»espera lograr la palma
»tu amigo con vida y alma,
»Pedro Avecilla y Macario.» (Deja de leer.)
Habrá cernícalo igual!

ELISA. ¡Qué estilo!

CLARA. ¡Qué grosería!

ELISA. ¡Casarme con tal mastuerzo!

CLARA. Primero enterrarme viva.

NIEVES. Si esto fuera su cabeza...

(Estrujando la carta.)

PEPA. Más calma, querida tia.

NIEVES. ¿Pero no ves que tu padre
busca dinero, y aspira
con esa boda á tenerle?

PEPA. ¿Y usted no ve que sus hijas
no quieren entrar por ella?

ELISA. Jamás.

CLARA. Nunca. ¿Y tú, Pepita?

PEPA. Yo idolatro á mi Ricardo:
está ausente y más se aviva
con la ausencia nuestro amor:
es boda ya convenida,
y por nada de este mundo
perjura seré ni inicua.
En cuanto á don Pedro, yo,
pues nuestra desgracia humilla,
sabré quitarle las ganas
de hablar de boda en su vida.

NIEVES. ¿De qué modo?

PEPA. Es muy sencillo.
¿Don Pedro es corto de vista?

NIEVES. Asi lo dice tu padre.

PEPA. Él nos conoce de oidas
nada más.—Yo seré Clara,
y Pepa seré y Elisa;
fingiendo un poco la voz,
y ayudada y protegida
por su estupidez, y luego
por su cortedad de vista,
representaré yo sola
á tres personas distintas...
ó yo no me llamo Pepa,
ó nos deja libres, chicas. (Con satisfaccion.)

NIEVES. Dame un beso. Me entusiasmas.
¡Tú pareces hija mia!
¡Si hubieras visto en mis quince
qué muchacha era tan lista!
Siempre tenia oficiales
esperándome en la esquina.

ESCENA IV.

CDIHAS y RAMON.

RAMON. Pregunta por las señoras...
NIEVES. ¿Quién?
RAMON. El señor de Avecilla.
NIEVES. Se cayó la casa á cuestas.
CLARA. ¡Ay, qué angustia!
ELISA. ¡Ay, qué fatiga!
NIEVES. ¿Qué hacemos?
PEPA. (Con resolucion.) Dile que pase.
NIEVES. Mira si ha tardado, mira.
PEPA. Escucha, si damos órdenes (Á Ramon.)
que parecen tonterías
ó despropósitos, tú
saludas y no replicas
y finges ejecutarlas.
¿Lo entiendes?
RAMON. Sí; señorita.
PEPA. Callas si no te preguntan,
y mientes si el caso obliga.
No traigas luces, que quiero
la luz como está, indecisa.
Dile en seguida que pase. (Váse Ramon.)
NIEVES. Tu ingénio pasma y admira.
PEPA. No os casareis con don Pedro.
Vámonos adentro, niñas.
Verá usted pronto si tiene
travesura su sobrina.
(Váse corriendo con sus hermanas.)

ESCENA V.

DOÑA NIEVES.

NIEVES. Cá! ¡Torbellino como ella!
¡Es una alhaja la chica!
(Aparece en el foro, Ramon precediendo á D. Pedro. Ramon se para á la parte de afuera de los cristales. Ramon con un ademan indica á D. Pedro que pase.

(¡Ya está aquí! ¡Jesus qué tipo!)
PEDRO. No quiero más cortesías. (Dentro.)
NIEVES. (¡Qué cerril! ¡Ánimo, Nieves,
y que de tí no se diga...)

ESCENA VI.

DOÑA NIEVES y D. PEDRO.

Trae D. Pedro un traje de moda atrasada, á la manera de los señores de los pueblos. Su tipo ha de ser ridículo. Doña Nieves sube hasta al foro.

PEDRO. (Á Ramon.)
No me ensancho ni me lleno
porque me haga tal merced.
Señora, á los pies de usted.
(Tosco y rudo en sus maneras. Un pronunciado acento riojano.)
NIEVES. Beso á usted la mano.
PEDRO. Bueno.
(Presentándose á sí propio.)
Pedro Avecilla y Macario
de Cortázar y Madroño.
Cincuenta. Soy en Logroño
regidor y propietario.
(Doña Nieves saluda, y D. Pedro va á tomar un silla.)
NIEVES. ¿Qué hace usted? En la butaca...
PEDRO. ¿La salud?...
NIEVES. Buena.
PEDRO. (Arrellanándose.) ¡Qué gusto!
NIEVES. ¿Usted?...
PEDRO. Yo, fuerte y robusto
como un toro de Lesaca.
Aunque hoy he tenido asomos
del dolor, y estoy febril.
Ese pícaro carril
me ha partido por los lomos.
¡Movimiento más tirano!
Molida la espina tengo.
Ya sabrá usté á lo que vengo.

Digitized by Google

NIEVES. Sí; me lo ha escrito mi hermano.
PEDRO. ¿Luego usté es Nieves? Me agrada.
NIEVES. ¡Me ha dejado usted perpleja!
PEDRO. ¿Sí? Pues para ser tan vieja
está usted muy conservada.
(Movimiento de Doña Nieves.)
¿Se pica usted?
NIEVES. No me pico.
PEDRO. Es que yo, en siendo verdad,
le digo una claridad...
porque como soy tan rico...
Estoy muy bien instalado
en la fonda, aunque me cueste...
Pues señor, el dolor este
me tiene muy fastidiado.
NIEVES. Unas friegas.
PEDRO. ¡No, que no!
Con una faja de estambre.
NIEVES. (Con un cepillo de alambre
te restregaria yo.)
PEDRO. ¿Conque el hermano en Madrid?
NIEVES. Sí, señor.
PEDRO. Ya me dió aviso.
Le veré, porque es preciso
que marche á Valladolid.
No me detendré en Valencia
más que el tiempo necesario
para elegir...
NIEVES. (Dromedario!)
PEDRO. Y aunque sea impertinencia,
¿mis novias por dónde van?
El pescarme ya es fortuna.
NIEVES. No se halla en casa más que una.
PEDRO. Pues, las otras, ¿dónde están?
NIEVES. La Pepita en el sermon
con su primita Teodora,
y Elisa en casa Melchora.
PEDRO. Pues venga Clara.
NIEVES. ¿Ramon? (Aparece este.)
Dí á la señorita Clara
que venga.
PEDRO. Dile que venga;

pero que no se entretenga,
que le urge mucho; repara
que me esperará, es preciso,
con ánsia y con interés,
pues rico y novio...

NIEVES. Claro es.

ESCENA VII.

DICHOS y PEPA. Adorno diferente del de antes, y quevedos.

PEP. Dan ustedes su permiso?
PEDRO. Pedro Avecilla y Macario
de Cortázar y Madroño.
Cincuenta. Soy en Logroño
regidor y propietario.
PEPA. Me felicito...
NIEVES. (¡Qué lentes!)
PEDRO. Mil gracias por el favor.
PEPA. Yo tengo de este señor
muy buenos antecedentes.
PEDRO. Es natural.
NIEVES. (¡Si no sé
cómo no le despedazo!)
Clarita Cardoso Arazo. (Presentándola.)
PEPA. Muy servidora de usté.
PEDRO. Y por lo visto, muy lista.
PEPA. Favor...
PEDRO. (Examinándola.) Y bella es la Clara.
Arrime usted esa cara
que soy muy corto de vista.
NIEVES. (¡Jesus!)
PEDRO. ¡Divina beldad!
NIEVES. Sin colorete ni amaños.
PEDRO. ¿Y edad...
NIEVES. Diez y nueve años.
PEDRO. Es de mi gusto esa edad.
Hasta ahora es irreprensible.
¿Sana? Porque yo apetezco...
PEPA. Mire usted, mucho padezco;
pues como soy tan sensible...
Seis dias con convulsiones

he pasado, y estoy lacia. (Muy melindrosa.)
porque tuve la desgracia
de ver matar dos pichones.
Nunca quisiera comer,
porque es triste, convengamos,
en que para que comamos
haya que matar un ser.
Del cocido apetecido
no como una vez siquiera,
pues lloro por la ternera
que contribuye al cocido.
Y luego soy tan nerviosa...

PEDRO. Eso sí que no me gusta.

PEPA. Cualquiera cosa me asusta;
me espanta cualquiera cosa;
por nada, me quedo yerta.
Así que el que está á mi lado...
¡Ay! (Gran voz.)

PEDRO. (Muy sorprendido, mirando hácia donde ha señalado Pepa.)
¿Qué es?

PEPA. Habia pensado
que abrian aquella puerta.
(Como quien se recobra de un susto.)
¡Lo vé usted! ¡qué desazon!
Pues si cualquiera me nombra...
¡Ay!
(Otra voz y otro estremecimiento en todos. Todos los ayes exagerados, puesto que son fingidos.)

NIEVES. ¿Qué es?

PEPA. Que pasa una sombra.

NIEVES. ¡Pero, tonta, si es Ramon!
(Ha cruzado este por detrás de los cristales.)
¿Lo vé usted? todo la pasma.

PEDRO. (Ese cerebro está loco.)

NIEVES. En fin, ¿qué más? hace poco
creyó ver una fantasma;
y el fantasma que veia,
de terror llena y sudores,
era yo en paños menores,
y en la mano la bugía.
¡Ya vé usted! ¡si es más tontona!

PEDRO. Es que de noche ese busto
es capaz de dar un susto
al mismo Cid en persona. (Con insolencia.)
NIEVES. Óigame usted, badulaque...
PEDRO. ¿Cómo?
NIEVES. Chille; no me arredro.
PEPA. Mire usted, señor don Pedro,
que me va á dar el ataque.
NIEVES. ¡Hidalgo de lugarcillo!
PEDRO. ¡Vejancona!
PEPA. ¡Ay! (Nuevo susto.)
NIEVES. Hija mia,
¿qué tienes?
PEPA. Que me creia
que iba á sacar un cuchillo. (Por D. Pedro.)
PEDRO. ¿Por quién me ha tomado usted?
PEPA. Yo por... ¡Ay! (Salto y susto.)
NIEVES. ¿Qué tienes, hija?
PEPA. Que he visto una lagartija
corriendo por la pared.
PEDRO. ¡Jesus! ¡qué condenacion!
PEPA. ¡Ay, tia! ¡que me va á dar!
Traiga usted agua de azahar.
Ya está aquí la convulsion.
(Da un respingo repentino, y acto continuo queda inmóvil.)
PEDRO. ¡Demonio! Me gusta el modo
de saltar.
PEPA. ¡Ay! siento un frio...
NIEVES. Usted no más, señor mio,
tiene la culpa de todo.
Con su genio montaraz
y su voz dominadora
me la ha asustado.
PEDRO. Señora...
tengamos la fiesta en paz:
la contestacion aplazo.
NIEVES. Como usted quiera.
PEDRO. Así quiero.
PEPA. ¡Ay! Mire usted, caballero,
las vueltas que da este brazo.
(Empieza á describir círculos con el brazo izquierdo,

como si obedeciera á un impulso nervioso irresistible.)

PEDRO. Yo le pararé, hija mia.
¡Qué fuerza tan colosal!
(Hace esfuerzos. Por fin, logra detener el brazo de Clara.)

PEPA. Así. Gracias.

NIEVES. Ese mal
lo ha sacado de su tia.

PEDRO. ¿Tambien es usted nerviosa?

NIEVES. Un azogue.

PEDRO. Es un bromazo.

NIEVES. Una vez, de un manotazo
maté un chico en Panticosa;
y era sanote, y forzudo,
y guapeton, y muy jaque;
pero en dándome el ataque...

PEDRO. ¿Le da á usted muy á menudo?

NIEVES. Si me irritan...

PEDRO. (¡Mala pez!)

NIEVES. Como que me desespero...

PEPA. ¡Ay! Mire usted, caballero,
ya da vueltas otra vez.
(Repite el juego del brazo.)

PEDRO. (Sujétale el brazo poniendo una rodilla en tierra.)
Esto es vivir en un potro,
venga aquí.

PEPA. Pues si se inclina...
(D. Pedro se inclina hasta poner la cabeza sobre la falda de Clara.)
(Toma.)
(Le da un puñetazo en la espalda con la mano derecha, poniendo en seguida el brazo con movimiento igual al que tenia el izquierdo.)

PEDRO. Me partió la espina.

PEPA. ¡Si es que se menea el otro!

NIEVES. (¡Bien hecho!)

PEPA. Se fué la mano,
que me perdone suplico.

PEDRO. Doña Nieves mató un chico,
y usted matará un anciano.

NIEVES. (Lo merece por silvestre.)

PEDRO. ¿Para?
PEPA. ¡Cá!
PEDRO. (Yo estoy en jaque.)
¿Qué, dura mucho un ataque?
PEPA. ¿Que si me dura? un trimestre.
PEDRO. ¡Pues es un bonito paño!
¡Y le aumenta la violencia!
¿Le dan á usted con frecuencia?
PEPA. No; cuatro veces al año.
PEDRO. (Estallando.)
¿Conque á vuelta de estirones
y describiendo esas eses,
se pasa usted cuatro meses
repartiendo mojicones?
Pues ya que es tenaz el mal
y los moquetes abundan,
encargue usted que le fundan
un marido de metal;
pues siendo de carne humana,
aunque esten sanos y buenos,
necesita usted lo ménos
seis maridos por semana.
No me sirve usted, con Dios.
PEPA. Nueva desconsoladora.
(Da un puñetazo fuerte á D. Pedro y se deja caer en una silla. Doña Nieves le da un puntapié y se deja caer en otra silla.)
PEDRO. ¡Ay!
NIEVES. ¡Bribon!
PEDRO. ¡Jesus! Ahora
tienen ataque las dos
(Ambas dan vueltas á los brazos.)
¿Hice para esto el camino?
De prisa siguen los trazos.
Se asemejan esos brazos
á las aspas de un molino.
(De repente se levantan las dos y se aproximan á D. Pedro en ademan hostil.)
PEPA. Antes de un minuto entera
no ha de quedar una silla;
voy á romper la vajilla
y á destrozar á cualquiera.
(Menea el brazo cerca de D. Pedro. Este se retira un

poco y tropieza con Doña Nieves.)

NIEVES. Su grosera indiscrecion
nos ha trocado en serpientes.
Me voy á clavar los dientes
en los hierros de un balcon.
(Ambas le han golpeado los hombros.)

PEDRO. Á nadie se martiriza
con tan procaz insolencia.
¿Habré venido á Valencia
á llevar una paliza?

PEPA. ¡Estrella más inhumana!

NIEVES. Yo te cuidaré, hija mia.

PEPA. ¡Ay! (Salto y susto.)

NIEVES. ¿Qué tienes?

PEPA. ¡Ay! creia
haber visto una curiana.

PEDRO. (¡Si está loca! Cuando digo
que ninguna de las dos...)

PEPA. ¡Adios!

NIEVES. ¡Para siempre adios!

PEDRO. (Cargue el demonio contigo.)
(Vánse las dos cogidas sin dejar de dar vueltas los brazos.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO.

Voy á empezar el telégrama
para mi amigo. La Clara
queda libre desde luego.
(Se sienta á escribir.)
La luz es sobrado escasa
para escribir.—«Juan Cardoso,
(Escribiendo.)
»diez y siete, Cantarranas.»

ESCENA IX.

D. PEDRO y NIEVES.

NIEVES. (Voy á hacer paces con él,

conviene así; la muchacha
lo ha dicho y tiene razon.
No conozca la añagaza
y salgamos mal del paso.)
(Doña Nieves tose.)

PEDRO. ¿Ya está usted más aliviada?
(Deja de escribir.)

NIEVES. Sí señor.

PEDRO. ¿Y la Clarita?

NIEVES. Metiéndose está en la cama.

PEDRO. (Con ironía.)
Es una perla esa jóven.

NIEVES. Qué quiere usted.

PEDRO. ¡Una alhajal

NIEVES. Yo ruego á usted que dispense...

PEDRO. Y usté, una mujer anciana
y de experiencia, ¿pòr qué
sus defectos me ocultaba?

NIEVES. Ya ve usted, ¿qué ha de hacer una?
El afan de colocarlas...

PEDRO. Es verdad.

NIEVES. Como es usted
tan buen partido.

PEDRO. Mil gracias.

NIEVES. Buen mozo, talento, rico...

PEDRO. Eso sí... Lo que es yo...

NIEVES. ¡Vaya!

PEDRO. Y usté es discreta.

NIEVES. Favor...

PEDRO. ¿Qué tal las otras muchachas?

NIEVES. ¡Oh! Son dos joyas, en toda
la extension de la palabra.
Esas sí... ¡qué diferencia!
Y la Clarita no es mala;
pero los malditos nervios...

PEDRO. Tiene una excelente cara;
mas el que la tenga cerca
sucumbe de manotada.

NIEVES. Es un dolor. ¡Si usted viera!
¡Es tan mujer de su casa!

ESCENA X.

DICHOS Y RAMON.

NIEVES. ¿Quién?
RAMON. La señorita Elisa.
PEDRO. (Dios me dé mejor compaña.)
NIEVES. Trátela usted con dulzura,
que es tímida y apocada.
Ya está aquí.—Ven, hija mia.
PEDRO. Pues parece muy gallarda.

ESCENA XI.

DOÑA NIEVES, D. PEDRO, PEPA, con mantilla y otra falda, por el foro.

PEPA. ¿He tardado mucha, tiita?
NIEVES. No mucho.
PEPA. ¡Ay! hace un calor...
NIEVES. ¿Qué, no has visto á este señor?
PEPA. Caballero... (Saludándose.)
PEDRO. Señorita... (Se finga tonta.)
Pedro Avecilla y Macario
de Cortázar y Madroño.
Cincuenta. Soy en Logroño
regidor y propietario.
PEPA. Al entrar no acerté á verle,
porque la luz... ¡cómo vengo!
(Como cansada.)
¿conque usté es mi novio? Tengo
mucho honor en conocerle.
¡Ay! ¡Tiene cara de tonto!
(Con mucha candidez despues de examinarle.)
PEDRO. ¿Qué dice?
NIEVES. Muchacha... dí...
PEPA. ¡Y es viejo! Me alegro; así
se me morirá más pronto, (Muy contenta.)
PEDRO. (Es tonta la niña, vamos.)
PEPA. ¿Por qué pone usté ese hocico?
Ya sé que es usted muy rico.

¿Conque cuándo nos casamos?
¿Se arregla para esta noche?
que no hay tiempo que perder.
Yo no le puedo á usted ver...
(Con insolencia.)
¡pero como tiene coche!
¡Qué vida será la mia!
¡Claro! ¡como que no cuesta!
Cada semana una fiesta
y un vestido cada dia.
Sociedad alegre y franca,
yo espléndida y dadivosa,
y una casa tan lujosa
como la de Salamanca;
y la mesa muy repleta,
mucho cangrejo y jamon,
á ver si de indigestion
se lo lleva á usted pateta.
(Palmoteando de alegría.)

PEDRO. ¿Pero qué está usted hablando?
(Pues la niña no se empacha.)

NIEVES. Vamos, es esta muchacha
la sinceridad andando. (Muy satisfecha.)

PEDRO. (¡Vaya una sinceridad!)

PEPA. No se enfade usted, señor.

PEDRO. ¿No fuera mucho mejor
llamarlo imbecilidad?

NIEVES. Ya ves qué frases le inspiras. (Resentida.)

PEPA. Mil gracias por la merced.
¿Imbécil me llama usted
porque no digo mentiras?
Si la paciencia me apura
verá que en cólera monta
mi nariz... No soy tan tonta
como á usted se le figura.
Y sin ir más lejos hoy
en casa de Genoveva
de ingénio he dado una prueba.
¡Mire usted, qué tonta soy!
Tengo un novio, caballero,
la esencia de lo bonito;
le adoro, y el pobrecito

no tiene mucho dinero.
—«Tuya mi mano será
»cuando don Pedro muriere,»
me ha dicho.—¿Y si no muere?
Ya se le despachará.
Mi esperanza se levanta
viendo la de mi galan,
y hemos concebido un plan
que se va á poner en planta.

PEDRO. (¡Uf! ¡qué furia del averno!)

NIEVES. (¡Qué bien le tiende la red!)

PEPA. Yo me caso con usted
á la entrada del invierno.
Pasamos aquí unos dias,
porque yo busco un ardid,
nos marchamos á Madrid,
que es tierra de pulmonías.
Cuarto en la fonda que sea;
muy alto, en el cuarto piso,
mucha escalera, es preciso;
y excelente chimenea.
Se almuerza lo de costumbre
y á la chimenea. ¡Bravo!
Se pone usted como un pavo (Alegria.)
con el calor de la lumbre;
y como quien manda manda,
cuando de encendido estalle
le saco á usted á la calle (Rapidez.)
con levita y sin bufanda.
Vienen tos y constipado
con fiebre y con tiritones;
le ha roto á usted los pulmones
un airecillo colado;
le heredo, canto victoria
previendo otro matrimonio;
se lo lleva á usté el demonio
y aquí paz y despues gloria. (Muy gozosa.)

PEDRO. ¡Jesus qué barbaridad!
La que no tenia tacha!

NIEVES. ¿No dije que es la muchacha
la misma sinceridad?

PEDRO. Su obstinada obcecacion

va á encender aquí la guerra.
Eso se llama en mi tierra
poquísima educacion.

NIEVES ¿Se atreve usté á proferir? ..
como le convenga obre. (Muy sofocada.)

PEPA. Calla; para lo que al pobre
le queda ya que vivir!
Yo la conviccion abrigo
de que durará usté un mes
ó mes y medio, despues
de que se case conmigo.
Lo de procurar un mal
se consigue á poca costa.
Se le atraca de langosta
con mucha pimienta y sal.
Diariamente una pocion
calculada de sulfate
de quina en el chocolate
produce una inflamacion.
Busca un médico Ricardo
que tambien tenga interés,
y usté á la vuelta de un mes
revienta como un petardo.
Y finalmente, hay venenos.
(Rapidez hasta el final.)
Y si no, Ricardo... ¡zás!
Que usted muera es lo de más;
la manera es lo de ménos.
Escapar es imposible
de algun tratamiento duro.
Que usted me quiere es seguro;
que le adoro es infalible;
y usted, que es de buena pasta,
el primero verá á Dios,
porque amándonos los dos
con usted que muera basta.
No mis razones arguya.
Voy á disponer... Te quiero,
vejete mio... y me muero
si al momento no soy tuya.
(Váse corriendo.)

Digitized by Google

ESCENA XII.

D. PEDRO y DOÑA NIEVES.

PEDRO. ¡Jesus! ¡nunca lo creyera!
NIEVES. (Con cariñoso entusiasmo.)
¡Candorosa!
PEDRO. ¡Fementida!
NIEVES. ¿Ha visto usted en su vida
una chica más sincera?
PEDRO. ¡Vuelta á la sinceridad!
¡Van á ponerme iracundo!
Eso, aquí y en todo el mundo,
se llama simplicidad.
NIEVES. ¿Qué dice usted?
PEDRO. Calle, arpía.
NIEVES. Porque es franca.
PEDRO. Con exceso.
NIEVES. Franca no más. Tambien eso
lo ha sacado de su tia;
que aunque parezco una malva,
en una contrariedad
le digo una claridad
hasta al lucero del alba.
PEDRO. Conmigo usó una reserva,
vamos, que no tiene nombre.
No ve usted que soy un hombre
que siente crecer la yerba?
Usted tiene sus razones
para apelar á ese ardid,
porque la cuestion, el quid,
es coger mis patacones.
Usted conoce el defecto
de Elisa... ¡Si lo sabria!
Pero si me lo decia,
fracasaba su proyecto. (Accion de dinero.)
¡Y á esa triste condicion
llamaba sinceridad!
Esta es la pura verdad.
NIEVES. (Como anonadada.)
Tiene usted mucha razon.

(¡Buena idea!) Lo sabia.
Es tonta, sí; lo confieso.

PEORO. Rematada. Y tambien eso
lo ha sacado de su tia.

NIEVES. ¡Cómo! ¿qué?

PEDRO. En vano se exalta
por insulto tan pequeño,
señora.

NIEVES. Ya no le enseño
la sobrinita que falta.

PEDRO. Mejor, porque soy capaz,
si á las otras se parece,
de hacer...

NIEVES. Ni usted la merece,
ni... En fin, hablemos en paz.
Confieso que me he excedido
mintiendo; sí, ya lo veo;
mas ya ve usted, el deseo
de darles nn buen marido
á quien ningun otro iguale...
¿Pues habrá, se le figura,
muchos hombres, por ventura,
que valgan lo que usted vale?

PEDRO. Mi resentimiento quita
dándome opinion tan alta. (Le da la mano.)
La sobrinita que falta,
¿cómo se llama?

NIEVES. Pepita.

PEORO. ¿Y qué tal? Escuchar quiero
la verdad que en usted quepa.

NIEVES. Es una chica la Pepa,
de las que no tienen pero.
Cuanto el mayor idealismo
pueda imaginar lo tiene.
En fin... Don Pedro... Aquí viene.
Júzguela usted por sí mismo.

ESCENA XIII.

DOÑA NIEVES, D. PEORO y PEPA, que entra muy risueña.

PEORO. Pedro Avecilla y Macario

de Cortázar y Madroño.
Cincuenta.

NIEVES. (Interrúmpele, harta ya del estribillo.)
Y es en Logroño
regidor y propietario.

PEPA. Y buen mozo.

NIEVES. Basta verle.

PEPA. Ya me han dicho mis hermanas...
¡Si viera usted cuántas ganas
tenia de conocerle! (Sonrie.)

PEDRO. ¡Qué encantadora sonrisa!

PEPA. ¡Mil gracias por la merced!
¿Conque se nos casa usted
con mi buena hermana Elisa?

PEDRO. ¿Con la tonta? ¡Cá! No hay tal.
¡Fuera singular capricho!

PEPA. Ella misma me lo ha dicho.

PEDRO. Pues le ha dicho á usted muy mal.

PEPA. ¡Ah! ¡ya! es con Clara, ¿no es eso?

PEDRO. ¿La nerviosa? No, señor.
¿Quiere usted que á lo mejor
de un palo me rompa un hueso?

PEPA. ¡Ay, qué gracioso!
(Rie Pepa estrepitosamente despues de una pausa.)

NIEVES. (Más soso.)

PEPA. ¡De un palo dice! (Rie.)

NIEVES. (¡Avestruz!)

PEPA. Debe usted ser andaluz,
(Las risas de Pepa deben ser estrepitosas, y tales que hagan resaltar mucho su inoportunidad.)
á juzgar por lo gracioso,
y por ciertos movimientos,
y ese dejillo gitano.

PEDRO. Pues se engañó, soy riojano.

PEPA. Hombre, como los pimientos.
(Rien D. Pedro y Pepa.)
No extrañe usted que me ria.

PEDRO. ¿Por qué he de extrañarlo? no.

PEPA. Yo me rio mucho.

PEDRO. Y yo.
¡Si mi fuerte es la alegría! (De buena fe.)

PEPA. ¡Ay, qué gracia! ¿Verdad?

(Rie Pepa á más y mejor, tambien despues de otra pausa.)

NIEVES. Digo;
para alegrar á cualquiera.

PEDRO. En el pueblo, ¡si usted viera
cuánto se rien conmigo! (De buena fe todavía.)

PEPA. Lo creo; no hay más que oir
esa lengua tan graciosa.
(Con gran impertinencia.)
¡Ay! diga usté alguna cosa,
que me quiero divertir.

PEDRO. (¡Pues me gusta la embajada!
Si fuera yo receloso...)

PEPA. Á ver...
(Carcajada despues de una pausa en que le contempla.)
¡Jesus, qué gracioso!

PEDRO. (Amostazado.)
Pero si no he dicho nada!
(Doña Nieves y Pepa hacen esfuerzos para no reirse.)

PEPA. Boda alegre es buen presagio;
preciso es que usted lo sepa.

NIEVES. No te rias, porque .. Pepa,
ya sabes que me contagio.
(Con risa burlona.)

PEDRO. ¿Tambien usted? Que se ria
la muchacha, bien, corriente;
pero...

NIEVES. ¡Si precisamente
lo ha sacado de su tia!
(Llevándose el pañuelo á la boca.)

PEDRO. Pues no lo consentiré.

PEPA. ¡Ay, que me da!

NIEVES. ¡Que me da,
si usted se enfada!... Já, já!
(Risa estrepitosa de Pepa y Nieves.)

PEDRO. Callen ustedes. (Furioso.)

PEPA y NIEVES. ¡Jé! jé!...
(Rien más fuertemente.)

PEDRO. Ese proceder injusto
á retirarme me obliga. (Amostazado.)

PEPA. Cuanto más usted nos diga

nos reiremos con más gusto.
Mire usted si reiré
aunque me esten regañando,
que siempre me estan mudando
los corchetes del corsé. (Rie.)
Y es cosa particular,
difícil de definir,
que en empezando á reir
siempre acabo por llorar.
Que paso, están observando
los que estan aquí viviendo,
unos seis meses riendo
y otros seis meses llorando. (Rie.)

NIEVES. Lo mismo me pasa á mí.

PEPA. Por las cosas más sencillas
me asaltan las lagrimillas.
Mire usted... ya están aquí.
(Hace pucheros de repente.)

PEDRO. ¡Es cosa de reventar! (Desesperado.)

NIEVES. Mire usted...
(Llora, arrima su cara á la de D. Pedro.)

PEDRO. ¡Negra fortuna!
No me caso con ninguna. (Lloran.)
¿Quieren ustedes callar?
Un telégrama á Madrid, (Escribe.)
y renuncio... ¡Fuera riñas!
Que vengan aquí las niñas.

NIEVES. Elisa, Clara, venid.

ESCENA XIV.

D. PEDRO, DOÑA NIEVES, CLARA, ELISA y PEPA.

CLARA. ¿Llora usted? ¡Dios soberano!

ELISA. ¿Qué pasa? saberlo quiero.

NIEVES. Que el señor es tan grosero
que renuncia á vuestra mano.

ELISA y CLARA. ¿Sí?

NIEVES. (¿De placer dais asomos?
Haced como que llorais.)
No os quiere, ya lo escuchais.

ELISA y CLARA. ¡Ay, qué desgraciadas somos!
(Lloran todos.)
NIEVES. Bien quisiera consolarte; (Á Clara.)
mas consolarte no puedes.
PEDRO. Bien; ya está.—Tengan ustedes
la bondad de oir el parte. (Lee.)
«No caso... Guárdome pesos.
Elisa, estúpida, coces.
Clara, muñecas atroces,
puñadas, fractura huesos.
Pepa, risa, burla. Sepa...
¡Lástima!... ¡Bonitas tres!... (Pausa.)
Sin embargo, ántes de un mes
seré marido de Pepa.»
(Leidos con mucha claridad estos versos.)
PEPA. ¿Qué dice? (Sensacion en todas.)
PEDRO. Pues me precisa,
sepa usted que he adivinado
que usted ha representado
á Pepa, á Clara y á Elisa;
que he descubierto la red
con mi sútil perspicacia;
que tiene usted mucha gracia
y me caso con usted.
Puedes armarme otro lio...
seguro es que no te atreves.
Esta perspicacia, Nieves,
la he sacado de mi tio.
PEPA. Ni así mi desdicha labra.
Tengo un novio por quien muero,
y me matarán primero
que faltar á mi palabra.
(Con dignidad y fuerza.)
Cuanto haga usté inútil es.
Quiero hacer, porque es razon,
enlace de corazon,
no una boda de interés.
El sí á un enlace bastardo
daré no más muerta ó loca.
PEDRO. ¡Bendita sea tu boca!
(Otra entonacion fina y distinguida.)
PEPA. ¿Pues quién es usted?

(Se quita las gafas y las barbas.)

TODAS ménos NIEVES. ¡Eduardo!

EDUAR. Digno de mengua y oprobio
fuera el continuar así.

NIEVES. Pero. ¿quién es, Pepa, dí?

PEPA. Primo hermano de mi novio.

NIEVES. ¿Con eso sales ahora?

EDUAR. Escúcheme usted benigna,
y por farsa tan indigna
perdóneme usted, señora.
Quiero á mi primo, y por él
instigado aquí he venido;
Con placer me he convencido
de que es generosa y fiel. (Por Pepa.)

NIEVES. Mi hermano...

EDUAR. Sin duda alguna
cederá: yo así lo aguardo.
Por influjo de Ricardo
vuelve á tener su fortuna.

TODAS. ¿De veras?

ESCENA XV.

DICHOS y RAMON con un telégrama.

RAMON. Seño a, un parte.

PEPA. ¿Á qué es de papá?

EDUAR. Es corriente.

NIEVES. De mi hermano es justamente...
y bien puedes alegrarte.
(Lee.) «Otra vez somos felices:
»gané el pleito.»—¿Lo escuchais?
»Si va don Pedro le dais
»con la puerta en las narices.
»Ricardo está aquí. Venid.»

NIEVES. Veuga un abrazo. (Con explosion de alegría.)

EDUAR. (Abrazándola.) Y con gana.

PEPA. ¡Qué buena es usted!

NIEVES. Mañana
nos marchamos á Madrid.

EDUAR. Bien finge usted. (Á Pepa.)

PEPA. ¡Sí por Dios!

¡Fingia con un alfinco!...

EDUAR. Pues dos y tres... suman cinco.

PEPA. Pero en nuestra cuenta... dos.

NIEVES. Amigos desde este dia. (Besa á Pepa.)
¡Qué buena! Dame esa frente.

EDUAR. Buena: y eso realmente
lo ha sacado de su tia.

NIEVES. Á comer.

PEPA. Unos momentos,
que nos falta...

NIEVES. Sé atrevida.
(Al público.) Apláudenos en seguida
ó nos dan los movimientos.
(Mueve el brazo dándole vueltas.)

PEPA. Nada de mandar. Señor,
vuestros aplausos pedimos:
pero no los exigimos,
los rogamos... por favor.

73109

FIN.

19125

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 12 de Marzo de 1868.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.